



10. La cocina: espacio y género en la narrativa corta de Elena Garro y Rosario Castellanos

Edna Rocío Acosta Rodríguez
ORCID: 0009-0005-8376-5803

Elena Garro y Rosario Castellanos, a través de relatos cortos como *Lección de cocina*, *Una mujer sin cocina* y *La culpa es de los Tlaxaltecas*, reconfiguran la cocina como un espacio de posibilidades y contradicciones. Al territorializar este espacio doméstico, ambas autoras subvierten los roles de género tradicionales y ofrecen diferentes perspectivas sobre las experiencias de sus personajes femeninos en el ámbito doméstico y en la sociedad mexicana del siglo XX. Un enfoque interdisciplinario, que combina teoría literaria feminista y estudios culturales, permite desentrañar las complejas relaciones entre género, poder y espacio en la obra de ambas escritoras, contribuyendo así a enriquecer los estudios literarios latinoamericanos.

Palabras clave: género, feminismo, cocina, narrativa, agencia

1. Introducción

La literatura escrita por mujeres durante el siglo XX ha sido tierra fértil para confrontar las convenciones sociales y culturales atribuidas al género femenino al incorporar y explorar de manera transversal diversos estilos, temas y marcos narrativos. Esta confrontación ha estado intrínsecamente relacionada con los logros sociopolíticos de los movimientos feministas de la época, que ha dejado una huella perdurable en la obra de autoras latinoamericanas como Isabel Allende, Gioconda Belli, Gabriela Mistral, Laura

Esquivel, Victoria Ocampo, Elena Garro y Rosario Castellanos, entre muchas otras. Estas escritoras han abordado y transgredido una variedad de temas, formas y espacios sin rechazarlos por completo, sin importar si estaban o no vinculados al sistema de valores tradicionalmente masculino, como por ejemplo los espacios domésticos.

La obra de Elena Garro, en particular explora de manera crítica la violencia contra las mujeres, los roles y las dinámicas de género por medio de la construcción de personajes femeninos. No solamente en sus cuentos, sino también en sus novelas y en obras teatrales como por ejemplo *Los perros* (1965) y *El rastro* (1957), Garro resignifica los espacios domésticos como un refugio para las mujeres o como un lugar de opresión y control. La dinámica familiar refleja las estructuras de poder y las desigualdades presentes en la sociedad en general, exponiendo cómo las normas patriarcales se reproducen y perpetúan dentro del hogar. Aunque nunca le gustó el término “realismo mágico”, fue la precursora de esta corriente en América Latina con su novela *Los recuerdos del porvenir* (1963). A pesar de no enmarcarse explícitamente en el feminismo, la obra de Elena Garro ha sido fundamental para el desarrollo del feminismo literario en América Latina, inspirando a nuevas generaciones de escritoras y estudiosas a explorar las complejidades de la experiencia femenina tanto en la esfera privada como en la pública. Esta distinción ha sido un eje central del análisis de los estudios de género, pues históricamente ha construido una dicotomía que asigna a las mujeres el ámbito doméstico (privado) y a los hombres el espacio público de la política, el trabajo y la vida social.

En una línea similar, Rosario Castellanos fue otra escritora mexicana que combinó la escritura con la promoción cultural, la docencia universitaria, el periodismo y la diplomacia. Al igual que Garro, incursionó en la novela, el cuento, la poesía y la dramaturgia. Obras como *Balún Canán* (1975), *Álbum de familia* (1971), *Mujer que sabe latín* (1973) o *Poesía no eres tú* (1948-1971) son indispensables en la literatura mexicana y también en el feminismo pues dan cuenta de dos aspectos que hasta entonces no habían sido tratados literariamente o se habían trabajado de forma sesgada: la mujer y lo indígena. Aunque, al igual que Garro evitó las etiquetas del indigenismo y el feminismo, la literatura de Castellanos también abordó ambas temáticas sin apegarse a un programa de ideas específico y sin idealizar a los personajes.

En un doble marco teórico conformado por la literatura comparada y los estudios de género, centraremos nuestra atención en estos espacios domésticos, generalmente invisibles -la cocina y todo lo que se dice, se hace, se siente y se percibe dentro de ella- y argumentaremos que Garro y Castellanos, respectivamente, han territorializado física y simbólicamente el espacio de la cocina en sus relatos, un escenario que históricamente se considera enajenante para las mujeres. Para ello, se han identificado cuatro categorías clave que representan dimensiones específicas de la experiencia femenina en la cocina a través de la mirada de estas autoras: la cocina como lugar de recogimiento, como escenario de introspección y reflexión, como refugio y escenario de congregación, y finalmente como epicentro de creatividad y agencia. El corpus de estudio estará integrado por los relatos "Lección de cocina" de Rosario Castellanos (*Álbum de familia*, 1994), "La culpa es de los Tlaxcaltecas" y "Una mujer sin cocina" de Elena Garro (*La semana de colores*, 1964). Por un lado, en su cuento "Lección de cocina" Castellanos narra la historia de una mujer letrada que recién casada se enfrenta a la tarea de cocinar para su esposo y desarrolla un profundo monólogo interior que la lleva a habitar la cocina desde diferentes matices y contradicciones.

Ese mismo año de 1964, Garro publicó en la *Revista mexicana de literatura* "La culpa es de los Tlaxcaltecas", considerado como una obra maestra del realismo mágico en la literatura latinoamericana. La historia se centra en Laura, una mujer de clase privilegiada que vive en la Ciudad de México con su esposo, pero que encuentra en la cocina un espacio para exteriorizar las emociones que le produce vivir simultáneamente en dos épocas diferentes y estar casada con dos hombres distintos; Laura encuentra en Pancha, su cocinera, a su confidente y en la cocina en su refugio. Más adelante, publica *Andamos huyendo, Lola* (1980), que contiene el cuento "Una mujer sin cocina", cuya protagonista, Lalínca, es una exiliada que deambula sola por las calles de Madrid: sus únicos vínculos son los recuerdos de su infancia, especialmente los de un hermoso jardín y una cocina que eran el centro de eventos maravillosos.

En el campo de los estudios literarios latinoamericanos, los trabajos de Téllez (2019) y García (2012) han sido fundamentales para entender el papel de la cocina en la narrativa de escritoras como Rosario Castellanos y Elena Garro. Ambas investigadoras han explorado cómo este espacio, tradicionalmente asignado al género femenino, se convierte en un escenario

simbólico y multifacético que trasciende su función doméstica. Por un lado, Téllez (2019) analiza la cocina como un espacio cerrado pero cargado de significado, donde las mujeres reflexionan sobre sus roles sociales y desafían las normas de género. En su estudio de "Lección de cocina" de Castellanos, destaca que la protagonista utiliza este espacio para cuestionar las expectativas sociales impuestas a las mujeres. Téllez (2019:3) señala que "la ruptura a los roles tradicionales de las mujeres comienza con interrogantes y autorreflexiones" que surgen en la cocina. Además, subraya que este espacio no solo permite la introspección, sino también el intercambio de ideas filosóficas, como lo ejemplifica la obra de sor Juana Inés de la Cruz, sugiriendo que "las mujeres, asimismo, intercambian ideas filosóficas desde la cocina" (Téllez 2019: 2). Téllez argumenta que la narrativa de Castellanos utiliza la cocina como una metáfora para explorar la violencia de género y la marginación de las mujeres, destacando que "la violencia de género, en particular, se representa en personajes femeninos jóvenes que demandan ser escuchadas en una polifonía de voces" (Téllez 2019: 8).

Por otro lado, García (2012) analiza cómo Elena Garro reconfigura la cocina como un espacio simbólico y cultural que va más allá de la simple preparación de alimentos. En su trabajo, destaca que la cocina actúa como un refugio y un lugar de resistencia para las mujeres, donde estas pueden ejercer su creatividad y mantener vivas las tradiciones y la memoria cultural. Según García, "la cocina refleja la vida cotidiana de los personajes, revelando dinámicas familiares y sociales, así como tensiones entre lo tradicional y lo moderno" (García 2012: 76-87). Asimismo, establece un paralelismo entre la cocina y la creación literaria, sugiriendo que ambas son actos de transformación y creatividad. Finalmente, García interpreta la representación de la cocina en la obra de Garro como una crítica a las estructuras patriarcales y a la marginación de las mujeres, cuestionando las dinámicas de poder que relegan a las mujeres a un segundo plano.

Aunque los estudios de Téllez y García han aportado perspectivas valiosas sobre el papel de la cocina en la narrativa de Castellanos y Garro, respectivamente, hasta ahora no se ha realizado un análisis que explore directamente las convergencias y divergencias en la representación de este espacio en las obras de ambas autoras. Por ello, se subraya la necesidad de un estudio que examine cómo Castellanos y Garro reconfiguran la cocina como un espacio de posibilidades y contradicciones de forma casi paralela,

desafiando las normas de género y revelando las complejidades de las experiencias femeninas en la sociedad mexicana del siglo XX. A través de este enfoque, se busca aportar nuevas perspectivas sobre cómo ambas autoras territorializan la cocina como un espacio de resistencia y transformación, subvirtiendo los roles tradicionales de género y explorando las complejas relaciones entre género, poder y espacio, además de enriquecer los estudios literarios latinoamericanos al destacar las similitudes y diferencias en la obra de estas dos autoras.

Esta exploración contribuirá a una mejor comprensión de la literatura escrita por mujeres en el siglo XX y su legado, en particular a la luz de las teorías que abordan la cocina como un espacio socialmente significativo. Los trabajos de autoras como Eileen M. Zeitz, Meredith Abarca, Maria Elisa Christie, Davia Nelson y Nikki Silva, quienes han analizado la relación de la cocina y los estudios literarios desde una perspectiva de género, serán fundamentales para este estudio.

2. La cocina como lugar de recogimiento

La representación literaria de la cocina como lugar de recogimiento es una compleja construcción que alude a la feminización de la esfera doméstica y a temas relacionados con lo social, lo cultural, lo psicológico y lo emocional. De este modo, la feminización de la cocina es un fenómeno de corte histórico y cultural que ha establecido el lugar físico y simbólico de las mujeres en muchas sociedades. Este fenómeno ha impuesto un estigma alrededor de la participación masculina en la cocina que refuerza la división de los roles de género y perpetúa actitudes y comportamientos sexistas. La cocina, más allá de ser un espacio físico, se considera un escenario de la cotidianidad estrechamente ligado a la mujer en la mayoría de las culturas, incluyendo la mexicana.

Desde épocas antiguas, la cocina ha sido observada como un territorio habitado por las mujeres. Su monopolio sobre este se debe a la adjudicación histórica de las responsabilidades del cuidado y del bienestar de la familia, entre otras tareas del mantenimiento del hogar. Por tanto, la feminización de la cocina no solo hace alusión a la presencia femenina en el espacio físico, sino también al rol central que juegan las mujeres como cuidadoras y cocineras. Sin embargo, esta feminización trasciende los límites de la esfera privada y en

la esfera pública se convierte en diferentes demandas impuestas por el patriarcado acerca de cómo debe ser y comportarse una mujer; sobre ello reflexiona la narración en primera persona de la protagonista de “Lección de cocina”, mientras prepara la cena para su marido:

- 1 En mis ratos de ocio me transformo en una dama de sociedad que ofrece comidas y cenas a los amigos de su marido, que asiste a reuniones, que se abona a la ópera, que controla su peso, que renueva su guardarropa, que cuida la lozanía de su cutis, que se conserva atractiva, que está al tanto de los chismes, que se desvela y que madruga, que corre el riesgo mensual de la maternidad.

(Castellanos 1994: 5).

A diferencia de las mujeres, los hombres han sido excluidos de la cocina, salvo que la ocuparan en un ámbito profesional, como chefs o expertos de la alta cocina. Llama la atención que aún en estos roles los hombres se especialicen en platos fuertes como las carnes y los pescados, mientras que la repostería y otros platos menores se asignan arbitrariamente a las mujeres. Esta división ratifica nuevamente la noción de que la cocina es un espacio femenino, a la vez que refuerza un obstáculo, una frontera invisible hacia la inclusión de los hombres en este espacio. Cobra relevancia la noción social *habitus* de Pierre Bourdieu, esto es, ese conjunto de disposiciones socialmente adquiridas que mueven a los individuos a vivir de forma similar a otros miembros de su grupo social. El *habitus* hace referencia a las prácticas de la vida cotidiana que son transferibles y duraderas, y que las personas obtienen a lo largo de sus vidas; el *habitus* se aprende en la infancia, en la familia, en la escuela. Así afirma Bourdieu: “el orden social se inscribe progresivamente en la mente de las personas” (1984: 471). Este concepto, aplicado a la feminización de la cocina, sugiere que las expectativas de género y las normas que las rodean se perpetúan en la cotidianidad, tanto en la sociedad mexicana como en muchas otras de Latinoamérica. El hombre que ocupa la cocina puede ser objeto de burla o cuestionamiento, lo que se convierte en un claro ejemplo de cómo operan el *habitus* y los roles de género.

Marjorie L. DeVault (1991) analiza cómo el cuidado y la organización del trabajo en el hogar están profundamente entrelazados con las expectativas de género y la construcción social de la feminidad. DeVault enfatiza que el

cuidado no es inherentemente femenino, sino que está estructurado por acuerdos sociales, y se construye como trabajo de mujeres debido a la construcción social de la feminidad. A diferencia de los teóricos que enfatizan la coerción masculina, la autora se centra en cómo las mujeres son reclutadas a roles de cuidado a través de prácticas sociales e instituciones. Su análisis se basa en experiencias vividas y prácticas diarias, examinando cómo las mujeres manejan las tareas del hogar organizadas por discursos sociales. Argumenta que estas actividades cotidianas refuerzan la "naturalidad" de los roles de género, reproduciendo las relaciones de poder y la subordinación de las mujeres. Además, critica el ideal cultural de familia, sugiriendo que pocas familias realmente se ajustan a este ideal y que, en su lugar, mantienen las relaciones de género y las estructuras sociales existentes.

Esta imagen de *habitus* y feminización de la cocina proporciona capas de significado ligadas a la experiencia humana, reflejando las diferentes formas en que la cocina puede constituirse en un espacio de alienación y opresión al ser parte de la esfera privada que históricamente se ha asignado como rol e a las mujeres:

- 2 Mi lugar está aquí. Desde el principio de los tiempos ha estado aquí. En el proverbio alemán la mujer es sinónimo de Küche, Kinder, Kirche¹ (...) Pueden ustedes observar los síntomas: me planto, hecha una imbécil, dentro de una cocina impecable y neutra, con el delantal que usurpo para hacer un simulacro de eficiencia y del que seré despojada vergonzosa pero justicieramente. (Castellanos 1994: 7).

En su introspección, el personaje cuestiona su posición en este espacio doméstico, manifestando su inconformidad con los roles de género tradicionales al equiparar la noción de ser una mujer con la imagen de la cocina a través de la historia. Describe este espacio como un entorno de pulcritud *per se* que, según las convenciones sociales, debería ser ocupado principalmente por mujeres. “Cocina, niños e iglesia, como dijeron los nazis”:

Kinder, Küchen, Kirche¹ era el programa conocido como las tres K que promulgaron como el lugar de la mujer durante el dominio del partido nacionalsocialista en Alemania. Llama la atención la referencia histórica sobre la representación de la cocina en el periodo del nacionalsocialismo alemán, en donde la visión tradicional de la sociedad veía a las mujeres principalmente como cuidadoras de los hijos, responsables del trabajo en la cocina y participantes activas en la iglesia. La cocina como espacio físico a lo largo de la historia ha sido habitada de diferentes formas. Davia Nelson y Nikki Silva (2014) exploran cómo las cocinas en la Unión Soviética se convirtieron en centros de disidencia y cultura durante la era de Nikita Khrushchev pues ante la escasez de viviendas y falta de lugares públicos para discutir libremente, las cocinas se transformaron en espacios privados donde la gente intercambiaba arte, debatía sobre política y leía literatura censurada. “Las cocinas disidentes” sustituyeron a otros lugares de congregación y convirtieron a las cocinas soviéticas en lugares emblemáticos de resistencia y expresión cultural en un entorno de restricciones políticas y sociales.

En la época soviética, las autoridades consideraban que las cocinas y los apartamentos privados eran peligrosos para el régimen porque eran lugares donde la gente podía reunirse y hablar de política. A principios de esta era, se promovió la idea de eliminar las cocinas en los hogares, ya que se consideraban símbolos burgueses de propiedad privada. En la teoría comunista de la época de Stalin, se declaraba que todas las personas debían ser iguales y las mujeres debían ser liberadas del trabajo doméstico en la cocina. La propuesta era que todos comieran en comedores y cafeterías comunes. Esta política formaba parte de un enfoque romántico posrevolucionario para liberar al país del zarismo y llevar felicidad a las clases más pobres. Se pensaba que liberar a las amas de casa de las tareas diarias permitiría a las mujeres desarrollarse como personalidades completas, dedicándose a actividades como tocar el piano o escribir poesía, en lugar de cocinar y lavar platos. El estudio de la cocina como lugar de recogimiento no se representa únicamente en la lucha personal de la protagonista, sino que cobra relevancia en la experiencia colectiva y en las lógicas de género que se

¹ Kinder, Küchen, Kirche era el programa conocido como de las tres K, que promulgaron como el lugar de la mujer durante el dominio del partido nacionalsocialista en Alemania.

originan en este espacio, ampliando su interpretación hacia múltiples dimensiones históricas y socioculturales.

No obstante, volviendo nuestra mirada al contexto de América Latina y principalmente de México, el centro físico y simbólico del hogar reside en la cocina, y como un territorio asociado principalmente a las mujeres, el control sobre este espacio, así como la propia preparación de alimentos, se percibe como un ámbito de influencia femenina. (Christie 2003:651-659). Estas reflexiones no solo se limitan a una crítica del entorno físico, sino que también llevan al personaje a explorar aspectos más profundos de sí misma. La conexión entre su identidad y las expectativas sociales sobre el papel de las mujeres en el hogar se convierte en un hilo conductor, revelando las tensiones entre su individualidad y las normas preestablecidas que delinean la vida de las mujeres en la esfera doméstica.

- 3 LA COCINA resplandece de blancura. Es una lástima tener que mancillarla con el uso. Habría que sentarse a contemplarla, a describirla, a cerrar los ojos, a evocarla. Fijándose bien esta nitidez, esta pulcritud carece del exceso deslumbrador que produce escalofríos en los sanatorios. (Castellanos 1994: 7)

El entorno narrativamente creado por Castellanos con su estética contrasta con los recuerdos nostálgicos de la cocina de sus ancestros, de esta pulcritud surgen ciertas impresiones simbólicas: la cocina es recién adquirida ya que sus propietarios, una pareja de casados, ha inaugurado su casa, todo tiene la posibilidad de ser original, como si se tratara de una página en blanco: "No se inicia una vida conyugal de manera tan sórdida. Me temo que no se inicie tampoco con un platillo tan anodino como la carne asada." (Castellanos 1994: 12). Esta pareja opta por adherirse a las convenciones sociales establecidas, en especial la esposa, y aunque consensuadas, no dejan de tener un matiz maquiavélico; ilustrado en la luna de miel, que en la contemplación de la narradora, sería el primer indicio de ello, el errado primer paso en la conducción del nuevo matrimonio y sus múltiples reflexiones alrededor de dos trozos de carne para fritar que representan su primera comida conyugal, su primera muestra culinaria y su primer fracaso: "Y cuando venga mi marido dejar que olfatee, como los ogros de los cuentos, y diga que aquí huele, no a carne humana, sino a mujer inútil." (Castellanos 1994: 19).

Eileen M. Zeitz aborda la importancia de la cocina como espacio simbólico, destaca cómo en “Lección de cocina” este enfoque se amplía aún más al incorporar un plano universal que abarca la experiencia de todas las mujeres en cualquier sociedad. A través de elementos que evocan la tradición patriarcal, Castellanos destaca la pérdida de identidad y la enajenación y resalta cómo la autora utiliza la cocina como un espacio simbólico para explorar temas profundos relacionados con la identidad de la mujer, el conflicto sexual y la alienación en la sociedad. El monólogo interior de la protagonista del cuento se transforma en ‘diálogo’: diálogo inventado, rememorado o imaginado; diálogo con la simbólica “ama de casa” y con su esposo u otro hombre. Finalmente, el monólogo interior se aproxima al fluir de conciencia, usando saltos temporales y espaciales y la asociación libre para elaborar una compleja estructura temporal (Zeitz E. M, 1983: 3):

- 4 Yo rumiaré, en silencio, mi rencor. Se me atribuyen las responsabilidades y las tareas de una criada para todo. He de mantener la casa impecable, la ropa lista, el ritmo de la alimentación infalible. Pero no se me paga ningún sueldo, no se me concede un día libre a la semana, no puedo cambiar de amo. Debo, por otra parte, contribuir al sostenimiento del hogar y he de desempeñar con eficacia un trabajo en el que el jefe exige y los compañeros conspiran y los subordinados odian. (Castellanos 1994: 15).

La protagonista, al expresar su resentimiento sobre las responsabilidades asumidas sin compensación, revela la explotación y la falta de reconocimiento hacia su labor. La perspectiva de Gayatri Spivak (1998: 29-30) sobre las mujeres subalternas se entrelaza con las ideas de Christie, Zeitz y Bourdieu con una dimensión teórica alrededor de las mujeres como sujetos subalternos que ocupan la esfera privada y destacando la invisibilidad del trabajo doméstico no retribuido y su contribución a la perpetuación de la pobreza y la desigualdad. Spivak aborda la esfera doméstica en el contexto de la opresión de las mujeres subalternas. Para ella, las mujeres subalternas, especialmente aquellas pertenecientes a la clase trabajadora en países compradores, enfrentan opresión tanto en el ámbito público como en el privado. La esfera doméstica se presenta como un espacio donde las mujeres subalternas sufren una opresión adicional, ya que se ven obligadas a cumplir roles tradicionales

de género y a enfrentar la violencia y la explotación en sus propios hogares. Esta situación resalta la complejidad de la opresión que enfrentan las mujeres subalternas, que se extiende a múltiples aspectos de sus vidas, tanto en lo público como en lo privado.

La cocina, entonces, emerge como un símbolo de las presiones sociales, las expectativas de género y la injusticia que enfrenta la protagonista. En este relato, la cocina se convierte en un espacio donde se siente desconectada del nuevo contrato social que ha asumido desde la institución del matrimonio y su nuevo entorno. La discusión se profundiza aún más al comprender la cocina como una de las obligaciones femeninas más extendidas, señalando su papel en la dependencia económica y la doble jornada laboral. La descripción de la cocina como el núcleo de lo privado y su naturalización como el espacio de las mujeres resaltan las presiones sociales y las expectativas de género que la afectan pues la carga del trabajo doméstico no remunerado asociado a la cocina se introduce como un hecho material de las normas de género y la opresión. Según el Informe de la Organización Internacional del Trabajo (2019), las mujeres dedican hasta tres veces más del tiempo que los hombres al desarrollo de las tareas del hogar, reafirmando nuevamente la desigualdad de género en la distribución de los roles domésticos y el trabajo no remunerado en el hogar.

3. La cocina como escenario de introspección y reflexión

Desde la perspectiva psicológica, la cocina puede ser un lugar de recogimiento, incluso si se trata de una reclusión condicionada. En este sentido, la cocina puede ser una cápsula hermética que permite escapar de las expectativas y presiones sociales. Aunque la cocina suele estar asociada con la responsabilidad de alimentar a otros, también puede ser un lugar tranquilo para la autoevaluación. En este sentido, la delgada línea entre el recogimiento y el aislamiento puede convertirse en un muro traspasable que conduce a la reflexión e introspección.

El entorno de la cocina no solo es un telón de fondo físico, sino también un catalizador para explorar temas como la autoevaluación y el autoconcepto. La cocina actúa como un espejo que refleja las tensiones entre la individualidad de los personajes y las normas preestablecidas que gobiernan la vida de las mujeres en el ámbito doméstico. Esto da lugar a narrativas ricas

en profundidad psicológica y análisis cultural. A través de un proceso de apropiación y resignificación de la cocina y del cocinar la mujer muta la identidad de este espacio de su condición de sitio aparentemente natural hacia una de espacio social propio y autoinscrito (Abarca 2006: 24). Mientras cocina carne, así describe la narradora:

- 5 La carne no ha dejado de existir. Ha sufrido una serie de metamorfosis. Y el hecho de que cese de ser perceptible para los sentidos no significa que se haya concluido el ciclo, sino que ha dado el salto cualitativo. Continuará operando en otros niveles. En el de mi conciencia, en el de mi memoria, en el de mi voluntad, modificándose, determinándose, estableciendo la dirección de mi futuro. (Castellanos 1994: 20-21).

Para Rosario Castellanos, la mujer debe desafiar el espacio considerado “sagrado” para preservar su autenticidad y su “verdad interna”. Solo así, el acto de cocinar puede liberarse de la mancha impuesta por los hombres, quienes lo reducen a un mero lugar de servicio. En su relato, el espacio físico de la cocina se revela a la mujer como algo más que un escenario para la labor ardua de preparar la comida. Se convierte en un espacio para reflexionar sobre su condición en una época en la que ser mujer implica asumir las responsabilidades de una “criada” sin salario, pero también contribuir al sustento del hogar. Este relato se plantea como el flujo de pensamientos de la protagonista junto al diálogo entrelazado con sus vivencias particulares, relacionadas con la cultura, el matrimonio y las quemaduras solares del viaje de bodas. La línea de pensamiento se alterna con el proceso de preparación de la comida, donde su falta de habilidad culinaria conduce a la quema de los alimentos. Esto se presenta como una metáfora compleja: la carne asada sirve como metáfora de su propia piel, el acto sexual y la escritura literaria, aspectos que permiten una reflexión sobre la identidad femenina:

- 6 La carne se está encogiendo. No, no me hago ilusiones, no me equivoco. Se puede ver la marca de su tamaño original por el contorno que dibujó en la plancha. Era un poco más grande. ¡Qué bueno! Ojalá quede a la medida de nuestro apetito. (Castellanos, 1994: 17)

La cocina, en su sentido más exacto, es un lugar dedicado a la preparación de comidas. Sin embargo, en el relato sirve como un espectro desde el que se examinará el conflicto social e interno que enfrentan las mujeres. El acto cotidiano de cocinar se convierte en un ejercicio cargado de significado que se soporta en las emociones y en la psiquis. Esto es particularmente cierto cuando se habla del rol de la mujer en la sociedad y de lo que se espera que cumpla con sus obligaciones tradicionales hacia las tareas domésticas. La cocina se convierte en un espacio simbólico donde la protagonista enfrenta su identidad, las convenciones sociales y la lucha interna por encontrar un equilibrio entre sus deseos personales y las demandas que se le exigen y asignan por su género. Es en la cocina donde puede explorar su propia capacidad para armonizar las contradicciones de su vida cotidiana:

- 7 Yo anduve extraviada en aulas; en calles, en oficinas, en cafés; desperdienciada en destrezas que ahora he de olvidar para adquirir otras. Por ejemplo, elegir el menú. ¿Cómo podría llevar al cabo labor tan ímproba sin la colaboración de la sociedad, de la historia entera? En un estante especial, adecuado a mi estatura, se alinean mis espíritus protectores, esas aplaudidas equilibristas que concilian en las páginas de los recetarios las contradicciones más irreductibles: la esbeltez y la gula, el aspecto vistoso y la economía, la celeridad y la succulencia. (Castellanos 1994: 7).

La protagonista se encuentra atrapada entre dos esferas distintas. Al rememorar su vida académica, percibe la aparente inutilidad de sus logros en el nuevo contexto que le ha sido asignado, donde ahora asume roles domésticos que antes podría haber considerado impuestos o subestimados. Este fragmento aborda la cocina como un espacio metafórico en el que convergen influencias y valores, delineando así su complejidad y riqueza en la vivencia de la narradora.

La cocina también se utiliza como un espacio para reflexionar sobre la escritura y el lenguaje, ya que la protagonista es una escritora con una educación en letras, como reflejan los intertextos aludidos en el relato: "Abro un libro al azar y leo: "La cena de don Quijote." Muy literario pero muy insatisfactorio. Porque don Quijote no tenía fama de gourmet sino de despistado" (Castellanos 1994: 8).

Al igual que su autora utiliza la cocina como un lugar para pensar y crear, la cocina se vuelve entonces en este relato un espacio de autodescubrimiento y de liberación. Al reclamar la importancia de la cocina, tanto en términos del espacio físico como del acto mismo de cocinar, Rosario Castellanos inicia un viaje de autoexploración y empoderamiento. Este proceso implica descubrir su propio cuerpo, así como apropiarse y emplear el lenguaje en su totalidad, no limitándose solo a aquel que tradicionalmente se consideraba "reservado" para las mujeres. En este sentido, la literatura femenina contemporánea se revela como transgresora en todos los aspectos, desafiando género y normas sexuales, lingüísticas y temáticas. Al retornar a la cocina, las escritoras y sus personajes no se someten a los caprichos de los hombres o la sociedad, sino que la asumen como propietarias de sus vidas y destinos.

Al contrario de dar continuidad a la idea pasiva de las expectativas sociales y culturales, los personajes femeninos de la literatura latinoamericana emplean la cocina como un recinto de reflexión y resignificación al cuestionar su lugar en el mundo. Y es este proceso introspectivo el que les permite participar activa y conscientemente en la construcción de sus propias vidas en el desarrollo de la narración, lo que hace que la cocina encarne un escenario de cambio y transformación personal de la mano con el acto de cocinar, que abre un sendero para el empoderamiento y la autoexploración. Al cocinar y crear en la cocina, las mujeres también son capaces de tomar el control de sus propios cuerpos y pensamientos; la cocina como lugar asociado a la servidumbre y opresión se puede transformar entonces en escenario de resistencia y liberación.

4. La cocina como refugio y congregación

Examinar la cocina como un refugio y congregación implica una apreciación simbólica de la imperante necesidad humana de hallar un entorno seguro y acogedor, un entorno de conexión y pertenencia. La cocina se introduce como un espacio en el que los individuos experimentan la sensación de ser aceptados y comprendidos, un enclave donde tienen la capacidad de dejar a un lado sus inquietudes y experimentar una sensación de serenidad. Ello se ve reflejado en el cuento "La culpa es de los tlaxcaltecas", el cual comienza en la cocina de una casa de la moderna Ciudad de México y sirve como un ejemplo de cómo la cocina puede ser efectivamente un refugio emocional y físico.

Laura, una mujer blanca y acomodada, regresa a su hogar visiblemente alterada y temerosa. Su traje blanco está manchado de tierra y sangre. Laura se encuentra con Nacha, su cocinera, y le cuenta lo que le ha sucedido. A través de esta conversación, Laura narra una confusa odisea que ha vivido en los últimos meses. Ha viajado a Michoacán y Guanajuato, y ha tenido encuentros con un hombre indígena en diversas partes de la capital. Las ausencias de Laura y los presuntos ultrajes que sufrió han provocado la censura, los celos y el maltrato de su esposo. La verdad subyacente es revelada: en sus travesías, Laura no solo ha visitado lugares distintos, sino también otra época, el año 1521, durante los días sangrientos previos a la caída de México-Tenochtitlan; y en este viaje temporal el hombre indígena en cuestión es un guerrero azteca, que habría sido su marido en una vida anterior. El territorio inicial de la cocina se convierte en un portal hacia un viaje dimensional y emocional.

- 8 Nacha oyó que llamaban a la puerta de la cocina y se quedó quieta. Cuando volvieron a insistir abrió con sigilo y miró la noche. La señora Laura apareció con un dedo en los labios en señal de silencio. Todavía llevaba el traje blanco quemado y sucio de tierra y sangre. La señora Laura entró de puntillas y miró con ojos interrogantes a la cocinera. Luego, confiada, se sentó junto a la estufa y miró su cocina como si no la hubiera visto nunca. (Garro 1964: 123).

La cocina es un refugio para la protagonista, la señora Laura. Allí, encuentra seguridad y apoyo en Nacha y en el espacio mismo. La cocina es más que un lugar para cocinar, es un lugar de encuentro y congregación que proporciona a la protagonista un refugio físico y emocional para afrontar sus problemas. Según Christie (2003), la cocina es un espacio que se sitúa entre lo público y lo privado, un ámbito culturalmente importante donde se llevan a cabo actividades que tienen un impacto tanto físico como emocional. Por su parte, Abarca (2006) describe la cocina como un espacio importante para las mujeres, tanto si es abierta como si es interior. Para muchas mujeres, la cocina es un lugar donde pueden expresarse y desarrollar su proyecto personal. En la narrativa de Garro, las reflexiones de Christie y Abarca coinciden en que la cocina es más que un lugar para cocinar pues constituye un espacio cargado de significado y relevancia cultural. La cocina brinda refugio a la protagonista,

sirve como nexo entre lo público y lo privado, e influye en la experiencia humana, tanto a nivel físico como simbólico. No es netamente un espacio donde se prepara la comida, sino un escenario cargado de significado cultural en donde tienen lugar tanto la conformidad con las normas como la resistencia hacia ellas. Se transforma la manera en que se tiene pensada la resistencia, señalando que esta puede desarrollarse dentro de las formas tradicionales del sistema patriarcal.

En "La culpa es de los tlaxcaltecas", Laura puede experimentar liberación de las vicisitudes de su vida marital a través de su capacidad para viajar en el tiempo y reimaginar su identidad en diferentes épocas y lugares. Laura desafía las expectativas sociales y muestra cómo la cocina puede funcionar más allá de su sentido literal, sirviendo como un símbolo de posibilidad y transformación. Mediante sus experiencias, Garro entrelaza el poder de la transformación que puede nacer en estos espacios. Esta narración inicia la visión feminista de Garro sobre el concepto de "otredad" y de cómo este proceso puede liberar a una mujer de los roles impuestos por una sociedad homogeneizadora y patriarcal.

Por su parte, Christie arguye que las cocinas son espacios ricos en su semántica, pues allí se ponen en acción las rutinas de la vida cotidiana, la tradición gastronómica y los roles de género. No obstante, afirma que "Estos espacios pueden usarse para resistir y cambiar la simbología de género, y para influir en las estructuras de poder más amplias" (Christie 2003:656). Por ende, aunque las cocinas puedan percibirse como espacios de conformidad, también pueden abrir la puerta a formas de resistencia y subversión:

- 9 Laura miró con asombro los mosaicos blancos de la cocina, subió las piernas sobre la silla, se abrazó las rodillas y se quedó pensativa. Nacha puso a hervir el agua para hacer el café y miró de reojo a su patrona; no se le ocurrió ni una palabra más. La señora recargó la cabeza sobre las rodillas, parecía muy triste(...). La cocina estaba separada del mundo por un muro invisible de tristeza, por un compás de espera. (Garro 1964: 123).

Uno de los motivos reside en que la cocina es un centro significativo tanto físico como emocionalmente para las mujeres más allá de su rol en el sistema patriarcal. Para Abarca, "las cocineras siempre cuentan historias, y al hacerlo

reconstruyen a sí mismas y sus comunidades a través de la narración" (Abarca 2006). Por medio del trabajo culinario las mujeres tienen la posibilidad de construir narrativas y difundir conocimientos culturales convirtiéndose en propietarias de sus saberes culinarios y del espacio que habitan, dos maneras sólidas de resistencia al interior del sistema patriarcal. "Lo sabían todo, porque estaban allí desde mucho antes de la llegada de los españoles. ¡Por eso Lelinca las obedecía!" (Garro 1964:123). En el contexto más amplio de la cocina en la sociedad mexicana del siglo XX, este espacio, antes considerado tradicionalmente femenino, se ha transformado en un bastión seguro. No solo es un punto de encuentro para las mujeres de la clase trabajadora, sino también un refugio para las mujeres de clase privilegiada, "las señoras de la casa", que encuentran en él un espacio donde pueden entablar conexiones más íntimas con quienes trabajan para ellas. Este refugio emocional se manifiesta en la relación entre la señora Laura y Nacha. A pesar de las convenciones sociales que sugieren una dinámica de poder tradicional entre patrona y empleada, en la cocina, la señora Laura se muestra vulnerable y reflexiva, mientras Nacha actúa con cuidado y atención hacia ella. La cocina se convierte así en un espacio donde las barreras sociales se desvaneцен, permitiendo la expresión genuina y la conexión humana; es un punto de encuentro y congregación que subvierte las desigualdades sociales.

En "Una mujer sin cocina", también escrita por Garro, se refuerza la idea de cocina como escenario de congregación en donde las mujeres no solamente se reúnen a preparar alimentos de la cocina tradicional mexicana, sino también abren la puerta a la narración oral en medio de los oficios culinarios. En tanto las charlas culinarias se desdoblan, la agencia de cada mujer se manifiesta no solo a través de su conceptualización de las funciones de la cocina, sino también por medio de un acto de auto-representación crítico y reflexivo (Abarca 2006: 40):

- 10 Por las noches la cocina brillaba con el fogón encendido y las criadas movían platos, abrían alacenas olorosas a frijol, a maíz, a chocolate y al milagro de «los peces y de los panes», como les contaba Tefa mientras calentaba las tortillas. Ellas, sentadas a la mesa enorme, escuchaban sus relatos de hechos históricos, y las vísperas de las fiestas contemplaban ansiosas los trajes de estreno (Garro 2011: 265).

La cocina se manifiesta como un epicentro narrativo donde convergen elementos sociales, familiares y simbólicos. La imagen de la cocina, que en las noches “resplandece con el fogón encendido” y “criadas moviéndose entre platos y alacenas perfumadas”, se entrelaza con la idea de la cocina como el núcleo espacial y simbólico del hogar en México. En este territorio femenino, la preparación de alimentos y el control sobre este espacio se perciben como nichos de poder para las mujeres.

La cita “Por las noches la cocina brillaba...” presenta una escena vibrante de interacciones y relatos en torno a la comida, donde las mujeres desempeñan roles centrales. Este fragmento ilustra la cocina como un escenario donde se comparten historias, se fortalecen lazos familiares y se construye la identidad cultural. En el contexto de las relaciones sociales y familiares en México, la cocina se revela como un espacio crucial en eventos sociales, como bodas, bautizos y fiestas religiosas. Estos rituales dependen de una estructura organizativa que involucra a las mujeres, convirtiendo la cocina en un lugar de trabajo femenino jerarquizado. El liderazgo asumido por las mujeres mayores o la dueña de la cocina en estos eventos no solo refleja el prestigio de la familia o comunidad ante los invitados, sino que también proporciona a las mujeres la oportunidad de obtener reconocimiento personal y capital social. La conceptualización de la cocina como “Kitchenspace” (Christie 2006) destaca su calidad fronteriza entre lo público y lo privado. Este espacio no solo es un referente físico, sino también un símbolo cultural de gran importancia. Así, la cocina se erige como un escenario literario donde las interacciones humanas y las dinámicas sociales se entrelazan con la preparación de alimentos, creando una narrativa rica en significados y simbolismos.

Podría afirmarse que, en México, las cocinas constituyen un espacio destacado desde el que se examinará la prevalencia de la hegemonía de género. Por un lado, reflejan la imposición patriarcal en la cual muchas mujeres se ven limitadas a cumplir con la responsabilidad de preparar las comidas para sus hijos y esposos. Por otro lado, son el escenario donde las mujeres alcanzan reconocimiento tanto interno como externo, ejerciendo autoridad y tomando decisiones: un ámbito de consenso. Sin embargo, surge la pregunta: ¿Puede la cocina convertirse en un lugar de resistencia al consenso y desafío a la dominación? Los estudios realizados por Meredith Abarca y María Elisa Christie (mencionadas previamente), centrados en

Méjico, nos proporcionan argumentos que respaldan la idea de que la cocina en efecto es un espacio que constantemente desafía las normas del patriarcado.

5. La cocina como epicentro de creatividad y agencia

Para Contois (2014), Emily Dickinson, la famosa poeta norteamericana, tenía una estrecha relación con la cocina, allí expresaba su creatividad y generosidad a través de la panadería. A pesar de su reputación de reclusa, compartía sus creaciones culinarias con amigos y vecinos, regalando poemas y pasteles como muestras de afecto. Dickinson escribía poemas en envoltorios de chocolate y sobres, mostrando su pasión por la escritura en lugares inesperados. Además, horneaba pan de jengibre y pasteles ovalados, decorándolos con flores y regalándolos a los niños de su comunidad desde su ventana, creando un aura de misterio y generosidad. La cocina de Dickinson era un espacio de libertad y expresión personal, donde disfrutaba rompiendo las reglas y encontraba una forma de individualidad y creatividad alejada de las expectativas sociales de su época.

Según Lambert (2011) Dickinson encontraba en la cocina un espacio de intimidad en donde experimentaba con recetas de repostería, y luego compartía sus creaciones con otros, lo que permite encontrar una forma de expresión y conexión con el mundo exterior, a pesar de su vida solitaria. La influencia de la cocina en sus poemas se ve reflejada en el uso de imágenes de comida y bebida, lo que demuestra que esta experiencia cotidiana moldeaba su creatividad poética. La cocina para Dickinson era entonces un refugio creativo y un medio de conexión con el mundo, reflejando la dualidad entre lo íntimo y lo público que caracterizaba su poesía.

Como Dickinson, sor Juana Inés de la Cruz escribió en una carta: “Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más habría escrito”. Este comentario no solo defendía su propia actividad intelectual y literaria, sino que desafiaba las expectativas arraigadas en la sociedad de su tiempo. Sor Juana se enfrentaba a la desaprobación de aquellos que consideraban inapropiado que una mujer, y más aún una religiosa, dedicara tiempo a la reflexión y otras actividades más allá de las tradicionales tareas de cocina y oración. Cuestionaba a su vez la limitada visión que se tenía sobre el papel de la mujer, destacando que la conexión entre las actividades domésticas y la creación intelectual no debería

ser excluyente. Al desafiar la noción de que las mujeres debían limitarse a roles específicos, especialmente en la cocina, sor Juana subrayaba que el potencial creativo y literario de las mujeres no estaba condicionado por “estereotipos de género”, como muestra de que el papel de la cocina no es, ni tiene que ser necesariamente el que históricamente le fuera adjudicado por los hombres.

Por su parte, Isabel Allende (2022) menciona en el episodio del podcast “Amar: un riesgo que vale la pena” que la cocina es el espacio desde donde podía sentarse a escribir mientras se ocupaba de su rol como esposa, madre, ama de casa, demostrándonos que la cocina puede ser un espacio para la creación y que en efecto puede ser trasgredido. Como Allende, la poetisa, escritora, periodista, activista y crítica literaria Gloria Anzaldúa, también nos ofrece una perspectiva reveladora al desafiar la noción convencional del “cuarto propio”. En sus palabras, nos invita a olvidar las restricciones tradicionales y a escribir en lugares inusuales: la cocina, el baño, el autobús o mientras esperamos en el Departamento de Beneficio Social. Su enfoque desafía la idea de que la creatividad está confinada a entornos específicos y nos impulsa a encontrar inspiración en los intersticios de la vida cotidiana. Anzaldúa nos invita a considerar estos espacios domésticos y cotidianos como rincones de inspiración y esencia creativa. En su marco de pensamiento la cocina ya no representa ese lugar relegado a las necesidades básicas, sino que se transforma en una galería de infinitivas posibilidades literarias.

En el acto de cocinar observamos los objetos que coexisten en la cocina: la mesa, la silla, los platos y todos aquellos elementos cotidianos en su simplicidad que ostentan una profundidad que es frecuentemente pasada por alto, pero que también pueden llegar a representar una inagotable fuente de inspiración. A través del lente adecuado, estos objetos pasivos cobran vida y comienzan a representar conceptos más elaborados, sentimientos profundamente arraigados y conexiones personales (Barthes 1964). La morfología de la vida cotidiana es condensada y representada en estos objetos, y sus interconexiones conforman un suelo fértil y vívido para la creación, tal como lo experimentan los personajes de *Una mujer sin cocina*:

- 11 Anapurna ofreció darle un postre de natillas si lavaba los trastos acumulados en su cocina. Lelinca aceptó no tanto por las natillas sino porque le gustaban mucho las cocinas. En ellas sucedía lo mejor

del mundo: los postres, los hechos históricos, las hadas, los enanos y las brujas que salían de las bocas de las criadas (Garro 2011: 276).

La observación atenta de personajes en su entorno doméstico se convierte en un prisma que revela dimensiones ocultas de sus personalidades. Sus hábitos culinarios, la meticulosidad en la organización de su espacio, y sus interacciones con objetos cotidianos se convierten en pistas valiosas que permiten al escritor ahondar en la psique de sus creaciones literarias:

- 12 Era curioso que las criadas siempre le daban la espalda, hablaban sin mirarla, mientras producían rabanitos, lechuga, orégano y chalupitas. Sus trenzas negras se mecían al compás de sus palabras misteriosas. Lelinca columpiaba los pies en la silla de tule y esperaba a los dragones, a los nahuales, a las cenizas y a las lenguas de fuego, anuncio del fin del mundo (Garro 1980).

Más aún, estas narrativas que se despliegan en entornos domésticos exploran la dimensión de la memoria y la nostalgia. La cocina, como santuario de tradiciones familiares, se convierte en un catalizador de conexiones emocionales con el pasado. Un olor familiar, una canción o una imagen se erigen como detonantes que despiertan recuerdos de la infancia, resonando con una dualidad emocional que puede oscilar entre la felicidad y la melancolía. Así, estos lugares cotidianos se transforman en portales literarios que conectan el presente con las capas profundas del pasado. En este contexto, las palabras de Anzaldúa adquieren una resonancia aún mayor, sugiriendo que la creatividad puede florecer incluso en los momentos aparentemente más mundanos y ordinarios de la vida, como es el caso de las criadas del relato, a quienes se considera sabias narradoras de su espacio:

- 13 Las criadas eran adivinas y pitonisas y estaban en su casa para avisar de los peligros y que ésta no cayera en el pozo de todos ignorado. Eran muy amables y de espaldas le enseñaban el camino de las rosas que conducían al infierno y el camino de las espinas que llevaba al cielo (Garro 2011: 277).

En este fragmento se profundiza la perspectiva del rol de la cocina como epicentro de creación y agencia, pues en sus múltiples dimensiones destacan varias figuras y conceptos sociales y culturales referidos a la religión, a los mitos, a las enseñanzas transgeneracionales y a la narración oral que se entrelazan a esta visión enriqueciendo la imagen de la cocina como un lugar cargado de potencial creativo y transformador.

El papel de las criadas que realizan sus actividades cotidianas se rompe cuando entablan sus conversaciones y crean historias cargadas de simbolismo, construyendo un ecosistema de narrativas mágicas y mitos. Se convierten asimismo para la protagonista en guías espirituales cuya sabiduría resuena en las memorias del personaje, para quien la exploración de sus recuerdos y la nostalgia que estos le producen en su exilio cobran importancia en el relato.

Como santuario la cocina representa un canal de acceso al pasado pues se evocan acciones y emociones que tuvieron lugar allí. Los olores, las recetas de los postres, las historias, tienen un alto potencial para conmover a los personajes y abrir portales no olvidados; es por ello que la relación entre memoria y cocina refuerzan el concepto de esta como campo propicio para la creatividad.

Finalmente, es menester mencionar que esta imagen de la cocina como epicentro de creatividad y agencia no está exenta de contradicciones y luchas. El rol de las mujeres en la cocina, en este apartado, sigue siendo un tema de discusión, disputas y resistencias constantes en el contexto más amplio y complejo de los estudios de género en relación con los roles y expectativas sociales. Es por ello que la cocina, lejos de ser un ámbito ordinario y tranquilo, se enmarca como un espacio de tensiones dinámicas que pueden incitar también a la creatividad y por ende a la liberación.

Pese a que los personajes de estas autoras en sus relatos pueden presentar a la cocina como una oportunidad de reflexión, búsqueda, autoconcepto, creatividad y congregación para hallar la libertad y la subversión, también se advierten los riesgos inherentes a la resistencia contra las convenciones patriarcales impuestas. No obstante, estas dos autoras apostaron por tomar el riesgo y explorar este escenario en la búsqueda de una mirada más crítica de la domesticidad, transgrediéndola y transformándola en un escenario potencial de resistencia, exploración creativa y agenciamiento, pese a las cargas asociadas, las mujeres se han apropiado de la cocina para

ejercer su creatividad, habilidades cotidianas y para resignificarla en su vida cotidiana. Para la socióloga Marjorie DeVault (1991), la cocina puede ser una forma de resistencia y empoderamiento, permitiendo a las mujeres invertir su energía en la creación y nutrición, reafirmando su autonomía en un espacio que a menudo es percibido como de opresión, mientras que otros estudios ven la posibilidad de subvertir la cocina incluso en una estructura patriarcal en donde las mujeres pueden ejercer su agencia y autonomía. Por ende, es esencial dar una mirada a la cocina no solo como un espacio de conformidad que domina el patriarcado, sino también como lugar de resistencia, empoderamiento y resignificación.

En el contexto contemporáneo, la "Filosofía de la comida" ha emergido como una disciplina que examina la relación intrínseca entre la comida, la identidad y el poder. Esta corriente no solo aborda el acto de comer como una necesidad biológica, sino que lo interpreta como un fenómeno cultural y social que refleja y moldea nuestras identidades. Sutton (2010) ha explorado cómo la cocina trasciende su función práctica para convertirse en un espacio cargado de significados culturales y sociales. Para Sutton, la preparación de alimentos refleja estructuras sociales y culturales más amplias, como lo exemplifica el análisis de Weiss sobre las diferentes maneras de cocinar plátanos, señalando cómo las diferencias en las técnicas culinarias se vinculan a contrastes espaciales, temporales y de género: "Weiss explora, por ejemplo, las diferentes maneras de cocinar plátanos (madurarlos junto al fuego, asarlos, hervirlos), tanto en términos de nociones diferentes de temperatura e intensidad, como en cómo estas diferencias se superponen con contrastes espaciales y temporales, así como de género" (Sutton, 2010: 89). Además, Sutton cita a Adapon para subrayar la agencia de las mujeres mexicanas, quienes crean sabores socialmente valorados, destacando que "una receta simplemente proporciona una guía, ajustada por el estado de ánimo y otros factores sociales", lo que convierte la cocina en un proceso sensorial y cultural (Sutton 2010:16). En este contexto, Sutton: "Cocinar se explora como un medio a través del cual las mujeres ejercen poder dentro de las familias y en redes sociales más amplias" (Sutton 2010: 48). De esta manera, la cocina se erige como un ámbito de interacción y expresión cultural que articula tanto la identidad como las relaciones sociales.

Las narrativas de Elena Garro y Rosario Castellanos se alinean estrechamente con esta perspectiva, ya que ambas autoras utilizaron la cocina

como un espacio que trasciende su función utilitaria, convirtiéndola en un lugar de creación de significado y construcción de identidad. En las obras de estas autoras, la cocina se presenta como un microcosmos donde se entrelazan las dinámicas de poder y las luchas de identidad. A través de la experiencia culinaria, las protagonistas no solo se enfrentan a las expectativas sociales impuestas por un sistema patriarcal, sino que también encuentran en la cocina un espacio de resistencia y autoafirmación. Este proceso de resignificación de la cocina permite a las mujeres explorar su individualidad y desafiar las normas que han definido su existencia.

En este sentido, la cocina se convierte en un lugar de creación de significado, donde las mujeres pueden reescribir sus historias y desafiar las narrativas dominantes. Este acto de cocinar se transforma en un proceso de autoexploración, en el que las protagonistas se apropián de su cuerpo y de su voz, desafiando las limitaciones impuestas por la sociedad. Como menciona la filósofa feminista Bell Hooks (1992), la cocina puede ser un lugar de resistencia y creación donde las mujeres encuentran su voz y su poder. Por otro lado, De Certeau y Mayol (1980) sugieren que la cocina no debe entenderse simplemente como un lugar para las mujeres debido a la ausencia estadística de los hombres, sino como un espacio que refleja la exclusión de los hombres en la dialéctica de la separación sexual de roles familiares. En *The Practice of Everyday Life*, los autores abordan la cocina como un espacio vinculado tanto a la intimidad familiar como a los roles de género, señalando que “en el centro de estos sueños, a menudo está la cocina, esta ‘habitación cálida’ donde se reúne la familia, un teatro de operaciones para las ‘artes prácticas’ y para la más necesaria entre ellas, el ‘arte de nutrir’”. Además, mencionan que “en la cocina, el niño realiza una parte esencial de su aprendizaje sensorial y motor: ‘Mantener a un niño fuera de la cocina’, dice Bachelard, ‘es condenarlo a un exilio que lo distancia de sueños que nunca conocerá’” (Certeau y Mayol 1980: 152) subrayando la importancia del espacio culinario en el desarrollo humano.

6. Conclusión

Inmersas en sociedades patriarcales, las mujeres en la ficción de Elena Garro y Rosario Castellanos se enfrentan a la contradicción inherente al espacio doméstico: un lugar que, por un lado, alimenta, pero por otro, asfixia. La

cocina, como parte integral de este ámbito, simboliza esa tensión. Las protagonistas se ven obligadas a renegar de lo que la cocina representa, asociada a la subyugación y los roles tradicionales, pero al mismo tiempo, encuentran en ella un lugar para apropiarse y resignificar su existencia. En este espacio, las mujeres depositan sus sentimientos más profundos, sus reflexiones, pensamientos, creatividad y secretos, compartiendo este acto con otras mujeres que también habitan ese entorno.

La relevancia de la imagen femenina en el hogar, particularmente en la cocina, se configura como un terreno lleno de contradicciones. Mientras que la estructura social patriarcal otorga a las mujeres un papel secundario en la esfera doméstica, la cocina, lejos de ser solo un espacio de opresión, también se convierte en un lugar donde las mujeres pueden encontrar su agencia y creatividad. A primera vista, los espacios domésticos puedan parecer coercitivos; sin embargo, también han brindado condiciones para que las mujeres ejerzan su poder, tanto en lo individual como en lo colectivo. La “cocina como espacio de resistencia”, como lo menciona Bell Hooks, no solo desafía las normas sociales, sino que se convierte en un escenario donde las mujeres pueden reclamar su autonomía y redefinir su rol en el mundo.

Estas perspectivas plantean nuevos interrogantes que abren camino a futuras investigaciones: ¿Cómo se manifiestan las dinámicas de poder en la cocina en narrativas de otras culturas o contextos históricos, y qué paralelismos o divergencias existen con las obras de Garro, Castellanos y otras autoras latinoamericanas? ¿De qué manera la cocina continúa funcionando como un espacio simbólico de resistencia o reproducción de roles tradicionales en la literatura contemporánea? Además, ¿cómo influyen las diferencias de clase y etnicidad en la representación de este espacio en otras escritoras latinoamericanas, y qué vínculos podrían establecerse con los debates feministas actuales sobre el trabajo doméstico, la agencia y la autonomía? Finalmente, ¿qué aportes podrían ofrecer disciplinas como la sociología, la antropología o los estudios culturales para ampliar la comprensión del espacio de la cocina y su relación con las estructuras de poder? Estas preguntas no solo profundizan en el estudio de Garro y Castellanos, sino que también enriquecen los diálogos interdisciplinarios sobre literatura, género y cultura en América Latina.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Castellanos, Rosario. 1994. *Album de familia*. México: J. Mortíz.
Garro, Elena 1964. *La semana de colores: cuentos*. Guatemala: Universidad Veracruzana.
Garro, Elena 2011[1980]. *Andamos huyendo Lola* (1^a ed.). Buenos Aires: Mar dulce.

Fuentes secundarias

- Abarca, Meredith E. 2006. *Voices in the Kitchen: Views of Food and the World from Working-Class Mexican and Mexican American Women*. College Station, TX: Texas A&M University Press.
- Allende, Isabel 11 de agosto de 2022. Amar: un riesgo que vale la pena. Se Regalan Dudas [podcast].
<https://open.spotify.com/episode/2B46u336ZAuvU9xtaPRUeV?si=IzDINyT4QV6WQdGRkjPtYw>. Consultado el 1 de enero de 2023.
- Anzaldúa, Gloria 1987. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco, CA: Aunt Lute Books.
- Barthes, Roland 1964. *Elements of Semiology*. New York, NY: Hill and Wang.
- Bourdieu, Pierre 1984. *Distinction: A social critique of the judgment of taste*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Christie, Maria Elisa 2003). *Kitchenspace: gendered spaces for cultural reproduction, or, nature in the everyday lives of ordinary women in central Mexico*. (Doctoral dissertation, University of Texas).
- Christie, Maria Elisa 2004. *Kitchenspace, fiestas, and cultural reproduction in Mexican house-lot gardens*, *The Geographical Review* 94 (3): 368-390.
- Contois, Emily 2014. Not just for cooking anymore: Exploring the twenty-first-century trophy kitchen. *Graduate Journal of Food Studies* 1 (1): 1-8. Graduate Association for Food Studies.
- De Certeau, Michel – Luce Giard – Pierre Mayol. 1998. *The Practice of Everyday Life*, Vol. 2: Living and Cooking. Minneapolis: University of Minnesota Press.
<https://thecharnelhouse.org/wp-content/uploads/2017/08/Michel-de-Certeau-The-Practice-of-Everyday-Life-Volume-2.pdf>. Consultado el 10 de enero de 2023.
- DeVault, Marjorie. L. 1991. *Feeding the family: The social organization of caring as gendered work*. Chicago: University of Chicago Press.
- García, Mara L. 2012. Búsqueda espiritual y laboratorio de refugio en "La culpa es de los Tlaxcaltecas" de Elena Garro. *Revista de Estudios de Género* 5: 76-87.
- García, Mara L. 1997. *El protagonista femenino y el uso del espacio en la cuentística de Rosario Castellanos, Elena Garro e Ines Arredondo* (Order No. 9810541). En ProQuest Dissertations & Theses Global. (304349504). <https://www.proquest.com/dissertations-theses/el-protagonista-femenino-y-uso-del-espacio-en-la/docview/304349504/se-2>. Consultado el 14 de enero de 2023.
- Hooks, Bell 1992. Eating the other: Desire and resistance. *Black looks: Race and representation*. South End Press. 364-380. <https://sites.evergreen.edu/comalt/wp-content/uploads/sites/253/2016/11/eating-the-other.pdf>. Consultado el 1 de enero de 2023.

Organización Internacional del Trabajo (OIT) 2019. Women and men in the world of work: Trends 2019. Geneva, Switzerland: OIT.

Parra Téllez, Érica. H. 2019. Lecciones de cocina para concientizar: Hacia una estética de la violencia en los trabajos de Rosario Castellanos, Fernanda Melchor y Nadia Villanueva. *Literatura latinoamericana, Mundos del hispanismo: una cartografía para el siglo XXI* (AIH Jerusalén 2019), eds. Fine, Ruth – Florinda F. Goldberg – Or Hasson. Frankfurt – Madrid: Vervuert – Iberoamericana. 1-8.
https://doi.org/10.31819/9783968693002_178.

Spivak, Gayatri C. 1994. Can the subaltern speak? *Colonial discourse and post-colonial theory: A reader*, Williams, Patrick – Laura Chrisman, 2nd ed. New York, NY: Columbia University Press. 66-111.

Sutton, David E. 2010. Food and the senses. *Annual Review of Anthropology* 39 (1): 209-223. <https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.012809.104957>

Zeitz, Eileen M. 1983. Técnica e ideología en un cuento de Rosario Castellanos. *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 2. coords. Kossoff, A. David – Ruth H. Kossoff – Geoffrey Ribbons – José Amor y Vázquez. Madrid, Spain: Centro Virtual Cervantes. 145-155.